

Joshua Foa Dienstag.

Pesimismo y compromiso político

Joshua Foa Dienstag.

Pessimism and political commitment

Jesús Negro García

Universidad de Oviedo

RESUMEN

Joshua Foa Dienstag (1965), especialista en teoría política de la Universidad de California, aborda esta disciplina de estudio desde las bases del pesimismo filosófico en cuanto que tradición de pensamiento político, en un trabajo que, como académico en activo, aún se encuentra desarrollando en la actualidad. En la medida en que se trata de una figura apenas o nada conocida fuera del ámbito anglosajón, se pretende por el presente escrito articular el armazón de su concepción pesimista, con el ánimo de que alcance una mayor divulgación entre el público hispanohablante. Se tratará asimismo de extraer algunas consecuencias de su propuesta y quizá aportar, en última instancia, alguna idea de cosecha propia con respecto a ella.

Palabras clave: teoría política, activismo, optimismo, pesimismo dionisiaco, humanismo, misantropía, resignación, técnicas del vivir, linealidad temporal, ironía de la historia, absurdo existencial.

ABSTRACT

The political theory specialist from the University of California Joshua Foa Dienstag (1965) approaches that field of study from the basis of philosophical pessimism as a tradition of political thought, in a work that, as a working researcher, he is still developing at the present time. Inasmuch as he is a barely or not at all known figure outside the scope of the English-speaking world, it is intended by this writing to put forward the shell of his pessimistic conception, with the aim to give it a larger exposure among the Spanish-speaking audience. Additionally, it will be tried to draw some outcomes from his proposal, and perhaps to contribute ultimately with some homegrown ideas.

Keywords: political theory, activism, optimism, pessimism, Dionysian pessimism, humanism, misanthropy, resignation, living techniques, temporal linearity, irony of History, existential absurd.

El pesimismo no es tan posmoderno como posimpresionista. El impresionismo puso al descubierto la «ficción» de las líneas rectas, del negro puro y de los amplios campos de un color estable.

JOSHUA FOA DIENSTAG, *Pessimism: Philosophy, Ethic, Spirit*

El único problema filosófico serio, creo yo, es cómo mantener el corazón vivo en este mundo loco de atar.¹

LAURA LEE BAHR

Joshua Foa Dienstag (1965) es un especialista en teoría política y estudioso y teórico del pesimismo filosófico poco o nada conocido en el ámbito hispanoparlante, en contraste con lo aparentemente ineludible de su mención en los trabajos dedicados a la puesta al día del pesimismo en el mundo anglosajón², aunque también en investigaciones de campos dispares como la historia de la psicología (Bell, 2014), la filosofía del fenómeno religioso (Clack, 2014), la filosofía de la vida (Treanor, 2021), la teoría de la justicia (Spinner-Halev, 2012) o el ensayo en relación con fenómenos de la cultura pop, en particular la serie de televisión *True Detective* (Stoddart y Samuel, eds., 2017). Tal y como indica con certera concisión Mara Van der Lugt, el trabajo principal de Dienstag a propósito del pesimismo consiste en «argumentar que hay una tradición pesimista de pensamiento político y que el pesimismo puede ser fuente de un poderoso compromiso político» (2019)³. De manera más detallada, en sustancia esto se condensaría en dos labores:

- La de reorientar la historia de la teoría política de los últimos tres siglos de manera que se restituya el pesimismo como uno de sus hilos principales.
- La de rearticular el pesimismo de tal modo que su atractivo inherente se haga más visible para los lectores del siglo XX, más en concreto como fuente de activismo político.⁴

Puede sospecharse que Dienstag se abriese camino hacia el pesimismo en primer lugar a través del estudio del pensamiento de William Conolly, por cuanto lo distingue como «el teórico político más influyente en la actualidad de cuantos escriben en inglés» (Dienstag, 2009, p. 2), al tiempo que lo sitúa como parte integrante de la misma tradición

¹ <<https://www.libros-prohibidos.com/entrevista-a-laura-lee-bahr/>>.

² Véanse, por ejemplo, Gordon *et al.* (2018), Packer y Stoneman (2018) o Van der Lugt (2019, 2021)

³ Donde no se indique lo contrario, sea por darse implícito en el volumen referido en la bibliografía, sea de manera explícita, las traducciones de los textos de referencia son del autor del presente artículo.

⁴ En Dienstag (2004, p. 265; *idem*, pp. 123, 144-145 y 148-157 para los detalles sobre el activismo político como respuesta al diagnóstico pesimista).

nietzscheana de la que forman parte Camus, Arendt o Foucault (2006, p. 196; 2004, p. 94), muy asociada al tipo de pesimismo que él mismo postula y defiende⁵.

Un buen punto de partida para seguir la disertación general del autor que nos ocupa en torno a la filosofía pesimista es la metáfora que él mismo utiliza y que constituye además una reflexión —como no puede suceder de otra forma con las metáforas—, y es la del pesimismo como una misteriosa enfermedad tropical, una cuyos síntomas son en su mayor parte desconocidos, si bien los rumores dicen que son horribles, y de la que en última instancia todo el mundo teme contagiarse (Dienstag, 1999, 2004); así, el conocimiento que hay sobre el pesimismo como filosofía es pobre, y, sin embargo, esto es suficiente para que no se tome en serio como posición teórica (1999). En particular, tal y como indica Jeff Spinner-Halev en su breve presentación del enfoque de Dienstag, «en la teoría política se ha silenciado la idea de pesimismo de manera general, y sin ninguna duda así ha sido en el seno del pensamiento liberal» (2012, p. 45). Tanto es así que no hay más que constatar el hecho de que los autores pesimistas están desterrados del canon del pensamiento político, o bien aparecen en él como versos sueltos y no como parte de una tradición coherente, como pueda ser el caso de Nietzsche (2004, p. 3).

Así pues, si lo que se pretende es recuperar el pesimismo filosófico para el público general como una tradición de pensamiento político respetable, hay que empezar a preguntarse por qué sucede como se acaba de indicar, cuáles son los rumores y malentendidos que circulan acerca de esta familia filosófica, y, por otro lado y al mismo tiempo, ofrecer una clarificación de en qué consistiría en realidad y por qué nos interesa entonces prestarle atención.

Qué es y (sobre todo) qué no es el pesimismo

Para llevar a cabo la tarea marcada, parece preceptivo, como hace Dienstag, determinar las razones por las que la tradición pesimista ha venido siendo oscurecida. En primer lugar, estaría la confusión que se da entre filosofía pesimista y actitud pesimista, al considerarse el pesimismo antes que nada un estado mental, un complejo emocional, y no una tradición filosófica. De otra mano, no se contempla la tradición pesimista como algo concreto y separado, sino como un batiburrillo en el que podemos encontrar distintos planteamientos como nihilismo, cinismo, escepticismo y otras filosofías. Se recurre, pues, al adjetivo de ‘pesimista’ entre otras etiquetas para describir cualquier filosofía «negativa» con

⁵ Véase, por ejemplo, Dienstag (1999, 2001a, 2004, 2006).

respecto a los intentos tradicionales de construcción de sistemas o de defensa de modalidades políticas concretas. Además, estaría el hecho, muy importante, del sometimiento a que la idea de progreso tiene sometidas a las mentes modernas. A pesar de que ya Lewis Mumford, en una fecha tan temprana como 1932, la calificara como la «más muerta de las ideas muertas» (cit. en Dienstag, 2004, p. 3) y de que en la posmodernidad se hay cernido una sombra importante sobre las concepciones progresivas de la historia, parece, no obstante, subyacer de forma implícita o explícita a la mayoría de los proyectos políticos vigentes. Y es que la idea de progreso da un sentido y un orden al tiempo lineal que resulta muy difícil de romper, lo que explica que siga imperando y que otras propuestas más razonables como el pesimismo, que pide el sacrificio de tales sentido y orden, ocupen su lugar.

Entonces, si el pesimismo entendido en el sentido filosófico no es eso, ¿en qué consiste pues? Tal y como advierte Dienstag, hay que tener en cuenta que se trata de una filosofía antisistemática —y con esto señalamos ya una de sus características—, de manera que sus representantes no comparten una idea o proposición en particular que constituya un elemento unitario o definitorio, lo que en cualquier caso sería un requisito problemático para cualquier escuela, sino que están permeados por un «aire de familia», en el sentido wittgensteiniano (2004, p. 7); el resultado es que hay una serie de proposiciones de las que quizá un pesimista no se suscriba a todas ellas, pero sí a muchas de ellas. Sea como sea, hay que precisar que el pesimismo 1) es una línea moderna y alternativa de pensamiento, una tradición de espíritu político tan importante en tal sentido como el marxismo, el liberalismo o el pragmatismo, y no una mera curiosidad histórica, en la que estarían incluidos, entre otros, Rousseau, Leopardi, Schopenhauer, Nietzsche, Weber, Unamuno, Ortega y Gasset, Freud, Camus, Adorno, Foucault o Cioran, con precursores como Montaigne, Lichtenburg, Pascal o La Rochefoucauld, además de figuras muy cercanas como Sartre, Weil o Wittgenstein; 2) no establece un esquema ideal de estructura gubernamental —lo que para muchos ya basta para no tomárselo en serio como fundamento de un pensar político—, sino que se trata de una filosofía de conducta personal antes que de orden público, distinta de otras filosofías más tempranas del yo como epicureísmo o estoicismo; 3) sus raíces se encuentran en la modernidad, pues tiene su origen en el cambio moderno de la concepción del tiempo, de la cíclica a la lineal, fenómeno que tuvo una vasta influencia en casi todos los elementos de la sociedad y dio pie a unos cambios en la estructura mental subyacente de

los individuos que habilitaron nuevas formas de ver la historia y la experiencia humana⁶, frente a la formulación circular de la temporalidad preeminente hasta entonces;⁷ 4) fue la idea de «progreso», un fenómeno eminentemente moderno⁸ que no se habría dado sin el cambio en la concepción del tiempo indicado, lo que hizo posible a la misma vez la aparición de su «gemelo oculto» o «su *doppelgänger*, quizá» (*idem*, p. 16), el pesimismo; 5) constituye una consideración lineal del tiempo no progresiva, es decir, que es temporal e historicista en un sentido moderno (lineal), pues se observa que la sociedad y la naturaleza humanas cambian con el transcurso del tiempo, solo que no se trata de un permanente cambio a mejor; 6) el problema planteado por el pesimismo es tanto universal como tremendamente individual, de manera que lo que se ajusta a unos puede no ser adecuado para otros, por lo que las soluciones siempre son parciales, temporales y susceptibles, a permanencia, de revisión.

Por lo tanto, el pesimismo filosófico no es una disposición psicológica y tampoco resulta en una; hay que distinguir la filosofía pesimista de las maneras depresivas. A lo largo de la historia del pensamiento, muchos filósofos con conclusiones optimistas han carecido de un temperamento alegre; del mismo modo, son muchos los filósofos del pesimismo que han hecho gala de un carácter jubiloso⁹. Además, cabe añadir que el pesimismo no es una teoría del declive, ya que se trata de la negación de las teorías del progreso histórico, no de su opuesto.

Desde la perspectiva de Dienstag, a medida que la idea de progreso se nos aparece cada vez como más cuestionable, aumentan las razones para redirigir la atención al pesimismo. En tanto ya no nos es posible volver a una concepción circular o cíclica del tiempo y las narrativas del progreso se nos presentan como igualmente míticas, debemos reflexionar sobre las consideraciones lineales del tiempo no progresivas. La supresión y repulsa a que se ha venido sometiendo al pesimismo desde su efímera moda en la segunda

⁶ La percepción lineal del tiempo es, de hecho, según Joseph Henrich, jefe del Departamento de Biología Evolutiva Humana de la Universidad de Harvard, una de las características clave de la psicología de los individuos W.E.I.R.D, una denominación acuñada por él mismo para referirse a las sociedades que llamamos «modernas» en un sentido muy concreto, y que sería el acrónimo de *Western* ('occidentales' en inglés), *Educated* ('con estudios'), *Industrialized* ('industrializadas'), *Rich* ('adineradas') y *Democratic* ('democráticas') (Henrich, 2021, p. 56).

⁷ En *Pessimism: Philosophy, Ethic, Spirit*, Dienstag dedica un interesante y conciso pero completo análisis a este cambio histórico, cuya mayor expresión estaría en la proliferación de relojes y la aparición del calendario gregoriano en el 1532, sin embargo, no podremos entretenernos aquí en los detalles.

⁸ Por eso, cuando Nietzsche define a los griegos como pesimistas en un sentido filosófico, está cayendo en realidad en un anacronismo (Dienstag, 2004, p. 84; 2001a, p. 925).

⁹ De hecho, tal como dice Klepp (2006), «el pesimismo tiende a la risa, o al menos tiende a recomendarla»; véase también Marín (2018) o Kress (2008) para el caso de Nietzsche.

mitad del s. XIX ha tenido un peso negativo en las vidas que vivimos, por lo que es necesario recuperarlo y afrontar sus planteamientos.

La lección de anatomía

Una vez aclaradas algunas nociones básicas para el conocimiento apropiado del pesimismo filosófico, toca preguntarse: ¿cuál es la base que sostiene por tanto la definición pesimista en filosofía a decir de Dienstag? En el contexto del aire de familia que mencionábamos más arriba, hay una serie de proposiciones que le son centrales al pesimismo, que lo definen y nos sirven para identificar a los filósofos pesimistas, aunque no todos hayan de adscribirse por fuerza a cada una de ellas:

1) El peso del tiempo

Se da una identificación estrecha entre la consciencia del tiempo y la consciencia *per se*, en el sentido de que la primera es para el pesimista el atributo indispensable de la autoconsciencia o consciencia de sí. Para el pesimista, los seres humanos están marcados por el sentido del tiempo que poseen, el cual define su vida, lo que es lo mismo que decir que el tiempo «pesa», «angustia», «agobia» o se vive como una carga. Es en este contexto que la presencia constante de la muerte en nuestras vidas es central en la tradición pesimista. Ponerse en semejante tesitura, no obstante, no significa afirmar que nuestras vidas sean vanas, sino que quedan establecidos unos límites insalvables para las posibilidades de la existencia. Es decir, el pesimismo nos advierte de nuestras limitaciones, pero no prescribe necesariamente el colapso ante ellas. La muerte no es más que el último recuerdo de que no controlamos las condiciones de nuestra existencia y ni siquiera tenemos la posibilidad de hacerlo. Tales condiciones incluyen el cambio despiadado e impredecible, un cambio constante que también marca para el pesimista la angustia, el peso o la carga de la existencia temporal y que no se dirige hacia ningún resultado ni objetivo en particular. Esto es lo que hace hablar a Schopenhauer de vanidad o nulidad de la existencia.

La fugacidad existencial que se acaba de describir tendría al menos dos implicaciones importantes: a) aporta una sensación de irrealidad a la vida humana, de tal manera que se hace difícil tomarse nada demasiado en serio; b) en conjunto, la consciencia del tiempo se salda en negativo desde la perspectiva de la felicidad humana, pues conduce por sí misma al sufrimiento de los individuos. Este último es un punto central de la tradición pesimista.

2) *El curso de la historia es, de alguna manera, irónico*

La consciencia del tiempo hace que los seres humanos no seamos tan solo animales temporales, sino, además, históricos, en el sentido de que nuestras experiencias pueden acumularse, multiplicarse e interactuar. La historia comienza a tener un efecto en los individuos cuando toman consciencia de este hecho. Hasta aquí, lo mismo sostiene el optimismo histórico; pero mientras que para este el resultado es el desarrollo de la razón y con ello de la felicidad de los individuos, para el pesimismo no hay demasiado lugar a la confianza en que deba suceder así ni en que, en cualquier caso, los efectos de tal cosa deban ser por fuerza positivos. De hecho, la razón y el desarrollo de la técnica tienen sus beneficios, sin embargo, al contrario de lo que se sostiene desde ámbitos más optimistas, la felicidad no se encuentra entre ellos. Es más, la razón produce infelicidad. No obstante, una vez puesto en marcha en un momento dado de la historia, el crecimiento de la razón ya no puede detenerse, genera una lógica propia que ya no podemos ignorar. Se nos presenta, en última instancia, una estructura fundamentalmente irónica, y es que lo que desde alguna perspectiva se nos presenta como un avance, desde otra es, en igual medida, un menoscabo o una lacra¹⁰. Lo que parece presentarse como el mayor o los mayores logros de la humanidad se convierte también en su mayor peligro, he ahí la ironía de la historia. El aburrimiento, categoría central en el pensamiento de eminentes pesimista, como Schopenhauer o Cioran, sería una expresión de los efectos a largo plazo del tiempo lineal, la cual vendría asimismo a desvelarnos el carácter profundamente irónico del que hablamos y la realidad de que la extensión lineal de nuestra condición no tiene un patrón (progreso), un objetivo (*telos*) ni un fin (*eschaton*). De nuevo, no se trata de arrojarse entonces en brazos del sufrimiento o de adoptar una resignación pasiva. Lo cierto es que evaluar las condiciones de la existencia en términos de sufrimiento y placer resulta algo simplista, y lo que los pesimistas tratarían de hacer, más bien, es indicar lo erróneo del postulado optimista de que las «capacidades mentales y tecnológicas del ser humano producirán de manera inevitable una sociedad de individuos más felices y libres», pues este constituye una «falsa promesa sin fundamento en la experiencia ni en la teoría» (Dienstag, 2004, p. 32).

La conclusión a extraer de este diagnóstico pesimista es, para Dienstag, que la tarea del filósofo, si es que quiere que su actividad resulte de utilidad alguna, es señalar tanto las limitaciones del propio instrumental como las cargas impuestas por la historicidad junto a

¹⁰ Esta sería una línea de pensamiento iniciada por Rousseau que luego será recogida por filósofos como Heidegger o Horkheimer y Adorno (Dienstag, 2004, pp. 29-30).

sus mejor conocidos beneficios; una situación, por cierto, que solo puede capturarse del modo apropiado con un tono irónico.

3) La libertad y la felicidad son incompatibles

Dienstag identifica una especie de pragmatismo profundamente enraizado en la filosofía occidental por el que «debe haber una respuesta a todas nuestras preguntas fundamentales» (2004, p. 34); incluso aunque aún no la tengamos, podemos tenerla. Tales respuestas serían, desde esta forma de planteamiento, la recompensa por todos nuestros desconsuelos. Se trata de una visión pregunta-respuesta que podemos ver en Hobbes o en Hegel. Sin embargo, para los pesimistas, la existencia humana no es un enigma a la espera de ser resuelto, sino que la existencia humana simplemente es. Tal y como lo expresa Ignacio Moya Arriaga (2018, p. 19):

El pesimismo es solo una respuesta que nos llama a aceptar el sinsentido de la vida y, por consiguiente, del sufrimiento. Sostiene que no existen razones sobre las que podemos descansar. No hay explicaciones que le den tranquilidad a nuestras mentes. El sufrimiento solo es. La vida solo es.

Así, frente a esa clase de pragmatismo, los pesimistas mantienen que la libertad y la felicidad están en una tensión fundamental, debido a un divorcio ontológico entre un ser consciente del tiempo y lleno de deseos, recuerdos, metas... y un universo sometido al tiempo que destruye de manera constante el objeto de deseo de sus habitantes. El absurdo de la existencia está contenido en la idea de que la libertad y la felicidad son incompatibles.

4) La existencia humana no tiene sentido, es decir, es absurda

Además de un proyecto de investigación sobre los efectos de la temporalidad en la condición humana, el pesimismo implica también un juicio sobre estos y una recomendación de cómo responder ante ellos. La manera más sencilla de caracterizar la reacción pesimista es con palabras como 'absurdo' o 'contradicción'.

La absurdidad de la existencia viene ilustrada por el eterno desajuste entre los propósitos humanos y los medios disponibles para lograrlos, entre el deseo de felicidad y la capacidad para encontrarla o mantenerla. Puesto que la felicidad y la libertad son difíciles de obtener y, además, incompatibles, estamos sujetos siempre a la decepción, a que el mundo nos desilusione una y otra vez. Al introducir el absurdo en el discurso filosófico, Camus habla de un «divorcio» entre el ser humano y su vida, «entre el actor y el escenario» (Dienstag, p. 33). Como una filosofía antes que como una disposición, el pesimismo se

interesa por «la preponderancia de la infelicidad humana», la cual tiene su origen en un «desajuste ontológico entre los seres humanos y el mundo que habitan» (*ibidem*). Los pesimistas no denuncian tanto la «prevalencia de la infelicidad», que sin duda deploran, como la inutilidad y el sinsentido de tal sufrimiento. Un elemento crucial de la decepción a que estamos sometidos es la aseveración hecha por la «filosofía optimista» de que «la capacidad de la razón nos da poder sobre el mundo y medios para aliviar nuestros sufrimientos» (Dienstag, 2004, p. 34). Para los pesimistas, tal cosa simplemente no es verdad, el mundo no está hecho para nuestro beneficio ni para nuestra comprensión. No se trata aquí de negar que la razón exista o que tenga cierta fuerza, sino de señalar la imprudencia de haber decidido de antemano que la razón nos dará la felicidad, pues tal cosa supone hacer asunciones sobre el mundo en el que la razón habita que pueden no ser ciertas.

Tales concepciones de la historia y la trayectoria experiencial de los individuos humanos conformarían la batería de categorías distintivas de la corriente pesimista. Con respecto a las posiciones que pueden caber ante una condición semejante de las cosas, Dienstag las reduce a dos, estas son a) la resignación, b) su opuesto; la acción.

Como no puede ser de otra manera, todos los pesimistas se lamentan del hecho del sufrimiento (no son masoquistas); la cuestión, entonces, es cómo reaccionar. Algunos de estos filósofos, tal es el caso de Rousseau o Schopenhauer, como veremos, abogan por algún tipo de retiro, por minimizar el sufrimiento a través del aislamiento; otros, como también veremos, entre quienes se cuentan Leopardi, Unamuno, Nietzsche o Camus, entre otros, terminan por reafirmar la vida.

Cabe preguntarse si la actividad que propone este tipo de pesimismo se puede calificar como propiamente política. Para Dienstag, aunque esto no es necesariamente así, con Camus, para quien el pesimismo motiva y vigoriza la participación en tal sentido, vemos que sí puede ser el caso, y deseamos la idea de que se trata de una filosofía que conduce por fuerza al quietismo —y, por extensión, que pesimismo no es sinónimo de resignación, depresión, cinismo o nihilismo, con independencia de que algún filósofo pesimista pueda adherirse a alguna de estas formas—. El pesimismo nos ayuda a repensar conceptos centrales para cualquier teoría política, como la libertad o la individualidad.

Desde la perspectiva de Dienstag, a medida que la idea de progreso se nos aparece cada vez como más cuestionable, aumentan las razones para redirigir la atención al pesimismo. En tanto ya no nos es posible volver a una concepción circular o cíclica del

tiempo y las narrativas del progreso se nos presentan como igualmente míticas, debemos reflexionar sobre las consideraciones lineales del tiempo no progresivas. La supresión y repulsa a que se ha venido sometiendo al pesimismo desde su efímera moda en la segunda mitad del s. XIX ha tenido un peso negativo en las vidas que vivimos, por lo que es necesario recuperarlo y afrontar sus planteamientos.

El optimismo es al tiempo lo que la metafísica al espacio; nos enseña a proyectar la perfección a algún momento indeterminado, a despreciar el aquí y el ahora, lo que en última instancia es equiparable al autodesprecio; el optimismo toma el relevo de la metafísica en un mundo posmetafísico. Es por eso que es el optimismo, antes que el pesimismo, el que ha de ser entendido como una emoción o disposición negativa, como el resentimiento hacia el presente o hacia el tiempo mismo. Por lo tanto, si entendemos nuestro paso hacia la filosofía posmetafísica como un reflejo de nuestro creciente humanismo, no podemos considerar tal humanismo completo hasta que nuestro modo de pensar no sea también postoptimista, moviéndonos por fin más allá de lo que Cioran llama «la idolatría del mañana»; «este es el sendero que la filosofía pesimista lleva recorriendo desde hace doscientos cincuenta años» (Dienstag, 2006, p. 42).

Tipología del pesimismo

Para dar cuerpo a su concepción de la filosofía pesimista como tradición política, Dienstag nos ofrece una clasificación de los distintos tipos de pesimismo, la cual, como él mismo admite y como no puede ser de otra manera, supondría una abstracción simplificadora de la realidad. De hecho, dicha tipificación ha cambiado a lo largo del tiempo. En una forma temprana encontrábamos (1) el pesimismo cultural, caracterizado sobre todo por Rousseau, con Montaigne o Leopardi en sus filas; (2) el pesimismo metafísico, postulado primeramente por Schopenhauer y en el que incluiríamos a Nietzsche o a Kierkegaard, y (3) el pesimismo trágico, con Unamuno a la cabeza y Ortega y Gasset y Camus incluidos (Dienstag, 1999). Más adelante también ha propuesto la división en el pesimismo de quienes (1) plantean una propuesta metafísica, representada por Schopenhauer; (2) plantean una ontología de la condición humana, como Nietzsche o Camus, y (3) plantean un fundamento psicológico, como Freud o Rousseau (Dienstag, 2015). Sea como sea, seguiremos aquí la que parece más desarrollada y más asentada en su cartografía del pesimismo, en la que encontramos (1) pesimismo cultural, con Rousseau y Leopardi; (2) pesimismo metafísico, con Schopenhauer y Freud, y (3) pesimismo existencial, con Camus, Cioran y Unamuno (Dienstag, 2006). En esta división, quedaría reservado, además, un lugar preeminente para

el pesimismo dionisiaco¹¹ postulado por Nietzsche, que, no obstante, bien podría incluirse en el lote del pesimismo existencial (*idem*). En cualquier caso, para Dienstag pesan más las similitudes que existen entre estos pensadores que las muchas diferencias. Hay que especificar un par de detalles importantes; por un lado, aunque la ordenación que se ofrece supone un recorrido lineal en el tiempo, de más antiguo a más moderno, esto no significa que necesariamente cada uno de estos tipos de pesimismo corresponda de forma exacta y única a un momento histórico; por el otro, los binomios de filósofos que se circunscriben a cada una de la categorizaciones ayudan a Dienstag a desarrollar su argumento con mayor claridad, pero no se trata de los únicos filósofos que podemos incluir en ellas. Cabe destacar, además, que la diferencia entre unos y otros no radicaría tanto en algún desacuerdo sobre la naturaleza del pesimismo como en que se trata de «niveles de explicación diferentes» (Dienstag, 2006, p. 42).

El pesimismo cultural

En Rousseau¹² encontraríamos el auténtico origen moderno del pesimismo, lo cual no es óbice para que no encontremos claros predecesores más atrás en el tiempo (antes mencionábamos a Montaigne entre los pesimistas culturales, también podemos añadir como precursor a Pascal, a Maquiavelo y un largo etcétera). A decir de Dienstag, este habría generado escuela en filosofía, algo que no se puede decir de Leopardi, cuando el pesimismo de este tiene grandes similitudes con el del filósofo de cabecera de los jacobinos, pero también constituye una potente alternativa a él. Ambos representan lo que Dienstag ha venido en llamar pesimismo cultural. Son pesimistas culturales en cuanto a que lo que les interesa son «las perspectivas de felicidad en base a unos desarrollos que han tenido lugar a lo largo del tiempo en la sociedad humana como un todo» (Dienstag, 2006, p. 50); lo son asimismo en su «preocupación por el desarrollo de las costumbres sociales humanas y de lo que hoy llamaríamos instituciones culturales [...]. Las instituciones políticas son secundarias, como el subproducto de una pauta de desarrollo superior, la cual tiene lugar en el nivel del lenguaje, la psique y la sociedad (*ibid.*, p. 63). Ambos «rechazan la idea, incrustada en el optimismo de la Ilustración, de que el orden fundamental del universo es

¹¹ Con el pesimismo dionisiaco, «Nietzsche crea una alternativa tan implacablemente excéptica hacia todas las ideas de progreso como lo es el pesimismo de Schopenhauer, pero que no resulta en desesperación» (Dienstag, 2001a, p. 933).

¹² Para Dienstag, es el Rousseau de los discursos y de la *Carta a D'Alembert sobre los espectáculos* el más genuinamente pesimista, y en el que fundamenta sus observaciones; no obstante, mantiene que incluso el Rousseau del contrato social mantiene trazos decididos de pesimismo, si bien lo deja así, sin indagar en ello con mayor profundidad, por considerarlo suficiente para lo que al trabajo que pretende llevar a cabo atañe.

racional» (*ibid.*, p. 55), así como lo engañoso de la vida moderna, en la que se da un preocupante declive de la felicidad, acompañado, además, de una pérdida de libertad igualmente preocupante. Así, las limitaciones impuestas por el tiempo y la narrativa irónica de la historia humana son una presencia constante en ambos autores.

Ahora bien, si Rousseau propone el retiro o la resignación —sabiendo que la vuelta a un estado premoderno que sería su ideal es ya es imposible en este punto de la historia, proponiéndola más como una evocación gestual que como una posibilidad social—, anticipando de algún modo la actitud schopenhaueriana, Leopardi trata de explorar las condiciones en las que pueda hacerse más soportable vivir bajo las condiciones que reconoce en su pesimismo, haciendo lo propio con el vitalismo nietzscheano.

Puesto que la felicidad y la libertad entran en contradicción, Leopardi se propone elegir solo una entre ambas; siguiendo con el razonamiento, puesto que la felicidad es imposible para nosotros¹³, lo mejor para tener algo mejor que nada es perseguir la libertad, una vida que sea coherente, consecuente, y, así, llena de aventuras. Así pues, se trata de echarse en brazos del universo antes que esconderse de él; además, para Leopardi así nos blindaremos contra el peor tipo de infelicidad, la que produce el no saber reconocer los límites de la felicidad, y que acaba o puede acabar conduciendo al suicidio. Por contra, si abrazamos la incerteza apreciaremos el sentido del gran valor de lo cotidiano —es decir, el ahora— y conoceremos una vitalización de la existencia.

Hay dos cosas importantes que decir sobre la respuesta leopardiana para evitar confusiones. La primera es que la propuesta de Leopardi no desarticula ninguno de los problemas que reconoce el pesimismo, los cuales nunca dejan de estar presentes; se trata solo de una estrategia para lidiar con ellos, con lo cual, la esencia pesimista de su filosofía sigue intacta¹⁴. La segunda es que las recomendaciones de Leopardi se instituyen en una «actividad dirigida hacia sí misma», buscada como «un fin en sí misma» y no «en nombre del progreso de la especie» (Dienstag, 2006, p. 83).

Visto el primer binomio de filósofos pesimistas, Dienstag introduce un nuevo factor, y es que, como ya se puede ver, el pesimismo no es una doctrina, sino una problemática; de esta manera, todo teórico se ve, en algún momento, impelido a escoger entre

¹³ No obstante, tanto Rousseau como Leopardi creen que se puede llegar a experimentar la felicidad, aunque no podemos asegurarnosla; por lo tanto, el problema sería la felicidad como proyecto.

¹⁴ Así, cualquier tentación de decir que el optimismo entra por la puerta de atrás en la condición leopardiana o afirmar que Leopardi transmuta, en última instancia, en optimista, que en el fondo es un optimista o cualquiera de estos tópicos de los que tan alegremente se hace objeto a los pesimistas en general, es confundir términos y categorías, y ser víctima, de hecho, de las trampas del lenguaje a las que da lugar la tiranía del optimismo.

misanthropía (como en el caso de Rousseau) o humanismo (como en el caso de Leopardi), sin que cualquiera de las dos opciones altere en modo alguno el hecho de ser pesimista.

El pesimismo metafísico

Estos pesimistas son etiquetados como metafísicos porque «encuentran que las condiciones señaladas por el pesimismo están intrincadas en el tejido del universo cognoscible» (Dienstag, 2015, p. 2).

Para Schopenhauer, a quien Van der Lugt (2019) llama «el archipesimista», la humanidad está condenada a los problemas indicados, con la conciencia del tiempo en primer lugar, que son inmejorables; toda acción humana es fútil e irónica, la libertad fugitiva, y no hay más redención que en el escape de la condición humana, el retiro cuasibudista. Para Dienstag, el breve momento de fama que conoció el pesimismo comienza por el éxito de Schopenhauer, pero, para evitar muchas de las confusiones antes elucidadas, es preciso no tomar a Schopenhauer por todo el pesimismo ni al pesimismo por lo establecido por Schopenhauer, si bien concede que su versión de los postulados pesimistas está más acabada que la de Rousseau (Dienstag, 2015).

En el caso de Freud, Dienstag es consciente de lo extraño que puede resultar verlo como un filósofo metafísico, por lo que alude a que (1) la comprensión de la mente humana forjada en el tiempo moldea profundamente su psicología; (2) su famosa metapsicología trasladaría en gran medida la metafísica de Schopenhauer al fenómeno de la mente, y (3) la mayor parte de su trabajo se centra en dinámicas intrapsíquicas, pero es su pesimismo lo que conforma el marco filosófico en el que funcionan tales dinámicas.

Para Schopenhauer, la existencia se salda con la vanidad o nulidad de la existencia, y el fenómeno del aburrimiento vendría a reflejar la ironía final a la que está sometida (misántropo); Freud, por su parte, trata de dotarnos de las herramientas necesarias para fortalecer nuestra posición en el mundo (humanista). Así, el segundo, sin ser menos pesimista que el primero, rechaza, sin embargo, su política de resignación. Además, para Dienstag, sería erróneo pensar que el proyecto de Freud es apolítico porque apenas aluda a las estructuras estatales, ya que tiene en el centro de sus preocupaciones «aquellas condiciones sociales y culturales que están conectadas de forma vital a la libertad y la felicidad humanas» (Dienstag, 2006, p. 107).

El pesimismo dionisiaco de Nietzsche

De Dienstag puede afirmarse sin reticencias que, como pesimista, es además un resuelto nietzscheano, y es en el pesimismo dionisiaco del alemán donde radica el epicentro de su revisión del pesimismo filosófico como tradición de militancia a recuperar por la teoría política, por cuanto se trataría del «mejor tipo de pesimismo[...], aquel que mejor puede cumplir con la tarea que esa tradición se ha impuesto a sí misma, a saber, la de definir una práctica de vida compatible con la temporalidad lineal» (Dienstag, 2006, p. 161).

Es en la década de 1880, cuando escribe el «Ensayo de autocrítica» y otros textos, que Nietzsche comienza a insistir en la centralidad del pesimismo dionisiaco en su trabajo. Para explicar en qué consistiría, Dienstag vuelve a las confusiones sobre el pesimismo, en particular a la de que el pesimismo lleva por fuerza a la resignación. Esto sería, de una mano, tomar el pesimismo de Schopenhauer (o de Buda o de Wagner, ya puestos) por la integridad del pesimismo. De otra mano, sería la consecuencia lógica de una cierta idea, la de que no hay otra respuesta posible a la comprensión de que vivimos en un mundo trágico, desordenado y amoral. Cabe preguntarse, entonces, el porqué de esta última impresión. A decir de Dienstag, el problema es que se asume que el ser humano es una criatura de orden, que no puede vivir en un mundo caótico.

Sin embargo, para Nietzsche no es posible que seamos diferentes al mundo que habitamos, «no somos islas de ser en un océano de devenir» (Dienstag, 2006, pp. 197-198), somos constante transformación y desarrollo; el mundo es voluntad de poder y voluntad de poder es lo que somos. Así pues, lo que nos ayuda a enfrentarnos al mundo tal cual es no es resignarnos ni negarlo en un frustrante ejercicio de optimismo, sino, frente a la idolatría del futuro, abrazar la alegría del devenir, poner en valor la novedad continua en un mundo que se mueve hacia delante sin patrón ni dirección (Dienstag, 2015, p. 2); esto y no otra cosa propone el pesimismo dionisiaco, una vida, más que sin expectativas, a la espera de nada ¿Y qué significaría una vida así? Para empezar, se renuncia a hacer el mundo a la propia imagen, pues ambas cosas, entendidas de forma estática, son una ilusión. Nada nos impide, no obstante, materializar proyectos locales ni organizar pequeñas porciones del mundo (Dienstag, 2006, p. 198), siempre conociendo —y esta es la sabiduría que nos da el pesimismo— los límites a que están atados las propias acciones, sin óbice de que estas puedan ser de lo más ambicioso (*idem*). Así, ganamos libertad frente al peso de las narrativas del progreso. Ya no somos espectadores frustrados del pasado a la espera de un futuro mejor; nos libramos del guion preestablecido y del peso de lo pretérito. La

transformación constante nos recuerda que nuestro destino no está escrito, que tenemos un papel determinante en el devenir; es así como la carga del pasado se alivia y las perspectivas de futuro se iluminan; incluso el amor a la vida es posible, pero un amor diferente. Es de esta forma que el pesimismo se convierte en un arte de vivir o una técnica de la vida, con implicaciones éticas y políticas, pero sin necesidad de una filosofía sistematizadora¹⁵. Se trata de una ética de posibilidades radicales anclada en una inseguridad radical. Para Nietzsche, los seres humanos más fuertes son quienes celebran lo accidental y el sinsentido y pueden ver reducido su propio valor sin sentirse pequeños y débiles, no aquellos con una mayor capacidad de destrucción ni los imponentes egoístas surgidos de la imaginación de Ayn Rand (*ibid.*, 199). En suma, se trata, tal y como indica Valentín Fernández Polanco, de una ética de la autenticidad; «la divisa ya no es ‘conócete a ti mismo’, sino ‘hazte a ti mismo’» (Fernández Polanco, p. 36). Y es que, «como Don Quijote, el pesimista tiene fuerza de carácter y sentido del humor: ambos son necesarios para vivir en este mundo» (Dienstag, 2006, p. 200).

El pesimismo existencial

Los pesimistas existencialistas eluden el gran marco estructural de los metafísicos, en buena parte bajo la influencia de Nietzsche. Todos ellos recuperan los temas del peso de la temporalidad, la carencia de felicidad, la futilidad de cualquier afán, el aburrimiento, etc. Sin embargo, no ponen el énfasis en la metafísica ni en un proceso histórico, sino en el tejido ontológico de la vida política y social; es en tal sentido que son existencialistas, en el nivel de explicación del pesimismo concreto del ahora, y no por su filiación con Sartre o Heidegger (*ibid.*, p. 119).

Cada uno de estos tres autores tiene distintas respuestas a su expresión pesimista. Sartre es el más misántropo, mientras que Unamuno y Camus son más proclives a una aceptación más efusiva de la vida bajo el diagnóstico pesimista, en la forma, sobre todo, de una ética personal que autoriza y anima a la participación política.

Tanto Cioran como Camus matizarían su postura pesimista después de la Segunda Guerra Mundial. En el caso del primero, sus libros en rumano proponían como respuesta a la condición pesimista una especie de arte de la vida consecuente con aquella. No obstante, en su obra en francés, posterior a la guerra, parece que dejó de lado esa propuesta de «vivir el instante» (*ibid.*, p. 141); en el Cioran maduro ya no queda lugar para semejante

¹⁵ Nótese que, como en el caso de Leopardi, la condición pesimista está lejos de quedar anulada por la propuesta de Nietzsche, por lo que su pesimismo queda intacto; no se da ninguna clase de transubstanciación.

alternativa. Camus, por su parte, también hablaba en *El mito de Sísifo* de valorar el presente y desplegaba un ejemplo de ese mismo arte de vivir como forma de responder, que no anular, el diagnóstico pesimista. Se trataría, en cualquier caso, de una ética muy centrada en el individuo y, en tal sentido, poco social. En la posguerra, sin embargo, en escritos como *El hombre rebelde* y con una notable influencia de Unamuno, conectaba con mayores convicción y énfasis la situación de absurdidad con una vigorosa defensa de la participación política. La condición de absurdidad pasa a ser común al conjunto de la humanidad; en la rebelión, el sufrimiento se ve como una experiencia colectiva, hay una experiencia colectiva del absurdo. Esto es porque, tras la experiencia del fascismo, esa cuestión había dejado de ser personal, la de si un individuo puede encontrar una razón para dejar de lado el suicidio, sino que los peligros de la absurdidad pasan a tener una importancia social y política. También en este caso, la fundamentación pesimista queda intacta, los problemas destacados por el pesimismo no quedan anulados. Es más, solo a través de un reconocimiento pesimista es capaz Camus de reconciliar el individualismo y la solidaridad humana, lo que permite hablar a Dienstag de «solidaridad pesimista» (*ibid.*, p. 156) o de «civismo pesimista»¹⁶ (*ibid.*, p. 153). La suya es una filosofía activista que sigue siendo fiel al veredicto pesimista sobre el mundo (*ibid.*, p. 154). Por esta razón, Camus supone un desafío a una de las críticas más persistentes que se le hacen al pesimismo, a saber, la de que no puede ser político de un modo efectivo (*ibid.*, p. 145).

Al igual que en el caso de Leopardi o de Nietzsche, Camus, congruente con su pesimismo, no deja sin efecto ninguno de los parámetros pesimistas, por lo que, en consecuencia, no espera nada del futuro. Entonces, puede que quepa preguntarse, desde los ubicuos esquemas tradicionales, atravesados por la teleología, cómo es posible un activismo político eficaz que no se proyecte en el tiempo, en el mañana. La respuesta es que no esperar nada del futuro no es expresarle hostilidad, muy al contrario; para Camus, la dedicación al presente es, de hecho, el compromiso político más concreto en un mundo cuyo futuro no podemos conocer. La rebelión se valida por sí misma, no por la referencia a ningún resultado deseado, por muy noble que este sea. Camus nos remite al ejemplo de la resistencia francesa, el sentido de cuya lucha habría sido independiente de su eventual victoria. Si se hubiese saldado con un fracaso, no habría perdido, de todas maneras, ni un ápice de sentido.

¹⁶ *Pessimistic citizenship.*

Es precisamente el Quijote de Unamuno quien mejor materializaría un estilo de vida con base en una ética pesimista:

- Las acciones del Quijote no mejoran el mundo de un modo que tenga carácter de permanencia, aunque contar con su ejemplo nos hace mejores.
- Sus actos no parecen alcanzar las metas propuestas inicialmente, ni hacer del mundo un lugar más seguro, feliz ni libre, pero su puesta en práctica de la libertad deja una especie de regusto que nos puede inspirar para la búsqueda de una relación similar con nuestra condición absurda.
- Su éxito no descansa en las consecuencias últimas de sus actos, sino en la libertad que su ejercicio representa.
- No se niega la futilidad de sus acciones en última instancia, pero la expresión impredecible del individuo que actúa a pesar de la derrota inevitable marca la materialización de algo nuevo, individual y libre, lo que nos remite, de nuevo, a la resistencia francesa.

Balance pesimista

Esclarecida hasta aquí la tradición pesimista como línea histórica de pensamiento político en la modernidad, parece apropiado recapitular con Dienstag las lecciones extraídas del pesimismo, junto con todas sus gratificaciones:

- El espíritu pesimista es una orientación hacia los problemas fundamentales de la vida, marcada por una profunda sensibilidad hacia nuestra condición sujeta a la temporalidad y hacia las limitaciones que tal condición impone.
- La historia del pensamiento político de occidente desde el Renacimiento se entiende mejor como un conflicto entre el optimismo, con extensiones entre los liberales y entre los herederos de Hegel y, de otra mano, el pesimismo.
- La temporalidad crea barreras a la libertad y a la felicidad que las instituciones políticas no encaran debidamente.
- El pesimismo subraya un conjunto de actitudes y prácticas que pretenden fortalecer al individuo para lidiar con dichas limitaciones. Se trata, en cualquier caso, de reconocer esos límites, no de la derrota de las aspiraciones humanas.
- No debe desprenderse una puesta en cuestión de las libertades procuradas en la época moderna, sino el hecho de que descansen en la referencia a un marco histórico progresivo mayor; antes que derivar su valor de su capacidad para habilitar

a los individuos para que persigan el ídolo vacío del futuro, hemos de defender su contribución a la democracia de los momentos.

- El pesimismo es la mejor alternativa que existe al optimismo liberal, por encima de otras como la virtud antigua o el republicanismo cívico,¹⁷ ajenas a nuestro tiempo, por cuanto, como su reverso y rival, es hijo de la modernidad.
- El pesimismo está en contra del pragmatismo tan asociado al liberalismo. Así, la existencia humana no se reduce a un grupo de problemas a la espera de ser resueltos; la existencia humana simplemente es, no tiene predicado. El sacrificio que el pesimismo pide al humano moderno es el respeto a lo provisional.¹⁸

Algunos apuntes finales

En este último apartado me gustaría verter algunas ideas de propio cuño sobre los rendimientos potenciales de la propuesta de Dienstag, algunos de los cuales ya deben de haber quedado hasta aquí suficientemente manifiestos.

En mi opinión, hay un apunte que creo que es pertinente hacer, y es el hecho de que Dienstag parece ser un realista al menos en un sentido, en particular en lo que respecta al sistema de gobierno de las democracias occidentales de economía capitalista. Nuestro autor habla en el contexto de esta forma de organización sociopolítica dándola por hecho, sin poner en tela de juicio sus fundamentos ni negarle la mayor, por ejemplo, sugiriendo algo así como que, ante todo, convendría ensayar otro sistema si de lo que se trata es de conseguir un auténtico cambio con sustancia. No obstante, tampoco mueve sus argumentos en el sentido inverso, es decir, no hace el ejercicio de legitimar el régimen de las democracias capitalistas, de justificarlo o anteponerlo a otros, lo cual no obsta para que reconozca ciertos logros específicos de las sociedades occidentales modernas, como la ampliación de ciertas libertades individuales. En definitiva, Dienstag parece limitarse a trabajar con lo que hay, sin entretenerse en desmontar sus principios básicos ni entrar a discutir su pertinencia, y es en ese sentido que se puede afirmar que es un realista. No obstante, y en cualquier caso, sería apresurado tomar esta postura por una suerte de legitimización pasiva, por cuanto deja abierta una ventana al contrapoder cuando pregona

¹⁷ Parece obvio que, con esos términos, Dienstag se está refiriendo a filosofías en voga de la Antigüedad, en particular al estoicismo. En última instancia, estas filosofías no contarían con una ontología apropiada del presente, por lo que están condenadas al fracaso como alternativa ética y política, ya que carecen de los fundamentos para plantar cara a los principales problemas que arroja el fallido modelo actual, herencia de la Ilustración moderna. Dienstag alude a esta problemática en varios escritos, aunque no parece haber dedicado un trabajo específico al tema.

¹⁸ Estos puntos se han preparado a partir de Dienstag (2006, pp. 265-269).

con determinación que «el espíritu pesimista no descansa, y es poco probable que flirtee con el orden establecido» (Dienstag, 2006, p. 41).

Hay otro asunto en el que también puede ser conveniente detenerse un poco. Sabemos, con Dienstag, que generar una teoría estática de las instituciones o de la mejor forma de gobernanza, por mucho que esté arraigado en la tradición de la teoría política y hasta se considere requisito indispensable para obtener la cartilla de relevancia, entraría en contradicción con una concepción pesimista del orden (o el desorden) de las cosas¹⁹. Como veíamos más arriba, para el pesimismo las soluciones siempre son parciales, temporales y susceptibles, a permanencia, de revisión; las instituciones no escapan a este dictado. Teniendo esto a la vista, no deja de ser verdad al mismo tiempo que, sin necesidad de pedirle que vaya tan lejos como engendrar teorías inamovibles del tipo de las indicadas, lo que, hay que insistir, sería contradictorio e inútil, parece ineludible el que Dienstag deba referirse en mayor profundidad a las implicaciones del pesimismo en la gobernanza y el funcionamiento de las instituciones en la actualidad, algo que solo hace de pasada (2006, p. 267).

Por una parte, puede dar la impresión de que Dienstag ha preferido pasar de puntillas por tratarse de una cuestión de delicado remate, en particular si pensamos en la institución por excelencia, la del leviatán, el Estado. Así, quedan abiertos numerosos interrogantes. ¿Cómo habrían de actuar unas instituciones públicas bajo el signo del pesimismo? ¿No podría Dienstag indicar al menos algunas de las ventajas o mejoras concretas de la adopción de una óptica pesimista en tal sentido? ¿Acaso es imposible que el pesimismo se convierta también en un subterfugio para que los Gobiernos chantajeen a los ciudadanos como ya habrían hecho a tenor del espíritu optimista y les atrapen, si no en una nueva narrativa, lo que entraría en una contradicción de conceptos, en un estéril y perpetuo estancamiento? ¿Es imposible que el pesimismo se pueda convertir en un arma teórica terrible en manos del poder, una justificación, por ejemplo, para no dotar a los ciudadanos de aquello que les pueda corresponder como parte supuestamente voluntaria de una forma de organización social y delegantes de poder a través del voto? ¿No es un terreno resbaladizo el pensar en un Estado dedicado a acabar con la frustración optimista y la «victimización competitiva» (Dienstag, 2006, p. 267) a que aquella da lugar mediante el mero reconocimiento de, por decir, los límites temporales de la existencia, teniendo en cuenta la desigual correlación de fuerzas entre aquel y la ciudadanía a la que teóricamente

¹⁹ «Por lo general, los pesimistas no se dedican a establecer esquemas para una estructura ideal de gobierno ni principios de justicia» (Dienstag, 2006, p. 7).

sirve? ¿No debemos pensar en el peligro que existe de que se acabe despachando a los ciudadanos de formas poco éticas? Dienstag pasa por encima de todas estas cuestiones y otras tantas que podrían plantearse, como si la adopción de la perspectiva pesimista revistiese un unívoco carácter de inocua, como si no pudiese ir acompañada más que exclusiva y esencialmente de cosas buenas, como si se tratase de una proposición o un proceso que no hiciese falta problematizar, como si los Gobiernos o los Estados, en definitiva el poder, fuesen actores inocentes a la espera pasiva de ulteriores perfeccionamientos práctico-teóricos. Quizá Dienstag haya procedido así a sabiendas del embrollo teórico y argumentativo en el que se podría acabar metiendo, ya que cuesta creer que estos interrogantes no se le hayan presentado a él mismo a lo largo de los años que ha dedicado a su minucioso trabajo.

Enlazando de algún modo con lo anterior, hay otra observación importante que me parece pertinente hacer. Puesto que se da un problema teórico irresuelto con la cuestión de las instituciones, en particular del Gobierno y del Estado, y que la propuesta de Dienstag pone un gran énfasis en la ética de conducta individual —un arte de la vida— a partir de la que, como ya hemos visto, se hace posible y hasta inevitable el encuentro de los unos con los otros, de los individuos como colectividad, para la formulación conjunta de un presente continuo, un estado de las cosas a partir del que materializar proyectos locales u organizar pequeñas porciones del mundo, tal y como deprendíamos de Camus o de Nietzsche, parece inevitable pensar en las propuestas de Dienstag como una sólida base filosófica y pesimista que puede resultar muy fructífera y adecuada para esquemas de organización comunitaria de índole ácrata. Se presenta bastante clara, en cualquier caso, la impecable correspondencia entre la ética pesimista de la acción propuesta por Dienstag y el horizonte anarquista.

En último lugar, me gustaría reseñar el hecho de que, como ya adelantaba al principio del presente artículo, apenas hay disponibles referencias que no pertenezcan al ámbito anglosajón donde tan siquiera se mencione el nombre de Joshua Foa Dienstag. Uno de los pocos ejemplos que quien suscribe ha podido recabar se radica en la imprescindible obra de un filósofo especialista en las teorías de la evolución de la talla del fallecido Carlos Castrodeza, *La darwinización del mundo*, donde materializa un exquisito e inesperado encuentro entre filosofía naturalista y pesimismo filosófico. Siguiendo las tesis de Dienstag, este filósofo de la ciencia aporta una reflexión que valdría la pena tener muy en cuenta, máxime cuando consideramos la cantidad de biólogos que entran a la filosofía por la puerta de atrás para llenarse la boca con sintagmas repulsivos como el de «el milagro de la vida»

y otros derroches de naturaleza similar, los cuales, por muy metafóricos que pretendan ser, tienen un impacto —negativo— en el modo en que las personas interiorizan los temas de los que se habla²⁰. Al modo de ver de Castrodeza, entonces, el darwinismo estaría frente a ese pragmatismo inherente a la filosofía occidental por el que todo ha de tener una respuesta «no anodina» a nuestras preguntas clave. Aunque la selección natural pueda engañosamente tomarse por una de esas respuestas, en realidad se ajusta a los cánones pesimistas más estrictos: «La existencia humana no constituye ningún dilema a la espera de solución; la existencia humana meramente es» (Castrodeza, 2009, p. 164). Esta es la lección que debemos aprender del mundo sensible.

¿Y ahora?

Aunque el de la recuperación de la tradición filosófica pesimista para la teoría política, con un lugar central para el pesimismo dionisiaco de Nietzsche, representa su proyecto de mayor ambición y envergadura hasta hoy, hay otras trayectorias de Dienstag que también cabe reseñar para completar el perfil filosófico que, entre otras cosas, aquí se pretendía. En el pasado, Dienstag se ha dedicado a analizar el concepto de narrativa en filosofía desde la teoría política (Dienstag, 1997), y también hemos obviado aquí, por cuestión de espacio, el interesante estudio que hace del aforismo como forma característica de la filosofía pesimista (2006, cap. 7). Como tantos otros colegas, Dienstag aprovecha la actividad reseñística para verter, asimismo, aunque sea en forma de pinceladas, algunas ideas (2011b). Además, Dienstag se ha preocupado también de los enfoques posmodernos de la historia del pensamiento político (2011); la frontera entre humanismo y ciencia social en la teoría política y la importancia de la biografía en la disciplina (2016), o la discusión clásica sobre la muerte de la tragedia, en particular la mantenida entre George Steiner y Raymond Williams, entrando en polémica con el famoso filósofo marxista Terry Eagleton (2004). En la actualidad su interés parece haberse centrado sobre todo en el cine (2015, ed.; 2020); en particular, ha estado desarrollando una puesta en relación de las teorías de la representación política con las teorías de la representación cinematográfica y analizando sus implicaciones políticas (2020). Sea como fuere, el conjunto de los artículos y libros en la lista de su autoría son tan agudos y alumbradores como de grata lectura, constatándose no solo la potencia intelectual del filósofo, sino además su dominio expresivo del lenguaje escrito. Esperemos pues, que, en justicia, con el presente artículo, hayamos puesto una

²⁰ Aunque lo que ofrezco aquí es una imagen abstracta y caricaturesca que no se refiere a ningún sujeto en particular, enseguida nos vendrán distintos nombres a la mente.

primera piedra (con permiso de Castrodeza) para que el nombre de Joshua Foa Dienstag deje de serle ajeno al lector hispanoparlante, sea el erudito o cualquier otro.

Bibliografía

BELL, Matthew, *Melancholia*, Cambridge University Press, 2014.

CASTRO NOGUEIRA, Laureano, CASTRO NOGUEIRA, Luis, CASTRO NOGUEIRA, Miguel Ángel, *¿Quién teme a la naturaleza humana? Homo suadens y el bienestar en la cultura: biología evolutiva, metafísica y ciencias sociales*, Tecnos, Madrid, 2016 (2ª ed.) [2008].

CASTRODEZA, Carlos, *La darwinización del mundo*, Barcelona, Herder, 2009.

CLACK, Brian R., *Love, Drugs, Art, Religion. The Pains and Consolations of Existence*, Ashgate, 2014.

DIENSTAG, Joshua Foa, *Cinema Pessimism. A Political Theory of Representation and Reciprocity*, Nueva York, Oxford University Press, 2019.

—«On Political Theory, the Humanities, and the Social Sciences», *Perspectives on Politics* 14(4), American Political Science Association, 2016, pp. 1083-1089.

—«Pessimism», Michael T. Gibbons (ed.), *The Encyclopedia of Political Thought*, John Wiley & Sons, 2015.

—«Postmodern Approaches to the History of Political Thought», George Klosko (ed.), *The Oxford Handbook of the History of Political Philosophy*, Oxford University Press, 2011.

—«Connollyism, what», *Theory & Event*, 12(4), Baltimore, John Hopkins University Press, 2009.

—«Pessimistic Realism and Realistic Pessimism», *Political Thought and International Relations*, Duncan Bell (ed.), Oxford University Press, 2008, pp. 159-176.

— *Pessimism: Philosophy, Ethic, Spirit*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2006.

—«Tragedy, Pessimism, Nietzsche», *New Literary History* 35(1), 2004, pp. 83-101.

—«Nietzsche's Dionysian Pessimism», *The American Political Science Review* 95(4), American Political Science Association, 2001a, pp. 923-937.

—«What is living and what is dead in the interpretation of Hegel?», *Political Theory* 29(2), Sage Publications, 2001b, pp. 262-275.

- «Nietzsche's Friends and Enemies», *The Review of Politics* 62(2), Cambridge University Press, 2000, pp. 351-363.
- «The Pessimistic Spirit», *Philosophy & Social Criticism*, 25(1), Londres, Sage Publications, 1999, pp. 71-95.
- Dancing in Chains. Narrative and Memory in Political Theory*, Stanford University Press, 1997.
- FERNÁNDEZ POLANCO, Valentín, «La construcción de espacios de racionalidad», *Astrágalo. Cultura de la arquitectura y la ciudad* 4, septiembre de 1999, pp. 25-38.
- GORDON, Lewis R. *et al.*, «Afro pessimism», *Contemporary Political Theory* 17, 2018, pp. 105-137.
- HENRICH, Joseph, *The Weirdest People in the World. How the West Became Psychologically Peculiar and Particularly Prosperous*, Nueva York, Picador, 2021.
- KLEPP, Lawrence, «Get Unhappy», *Washington Examiner*, 25 de diciembre del 2006.
- KRESS, John, «The Alliance of Laughter and Wisdom: Nietzsche's Gay Science», *Soundings: An Interdisciplinary Journal*, 91(1/2), 2008, pp. 109-132.
- Dark Matters. Pessimism and the Problem of Suffering*, Princeton University Press, 2021.
- MARÍN, Joan M., «La risa proteica, el humor y los pesimistas», *Escritura e Imagen* 14, 2018, pp. 233-245.
- MOYA ARRIAGADA, Ignacio, *Pesimismo profundo*, Santiago de Chile, Librosdementira, 2018.
- NIETZSCHE, Friedrich, *El nacimiento de la tragedia*, traducción de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1980.
- PACKER, Joseph y Stoneman, Ethan, *A Feeling of Wrongness. Pessimistic Rhetoric on the Fringes of Popular Culture*, Penn State University Press, 2018.
- STODDART, Scott F. y Samuel, Michael, eds., *True Detective: Critical Essays on the HBO Series*, Lexington Books, 2017.
- SPINNER-HALEV, Jeff, *Enduring Injustice*, Cambridge University Press, 2012.
- TREANOR, Brian, *Melancholic Joy: On Life Worth Living*, Bloomsbury Academic, 2021.
- VAN DER LUGT, Mara, «Pessimism», *The Philosopher* 107(4), Philosophical Society of England, 2019, pp. 50-58.
- W. AA, *Cinema, Democracy, and Perfectionism. Joshua Foa Dienstag in Dialogue*, Joshua Foa Dienstag (ed.), Manchester University Press, 2016.